

Buono è il pesce

Marco Perilli

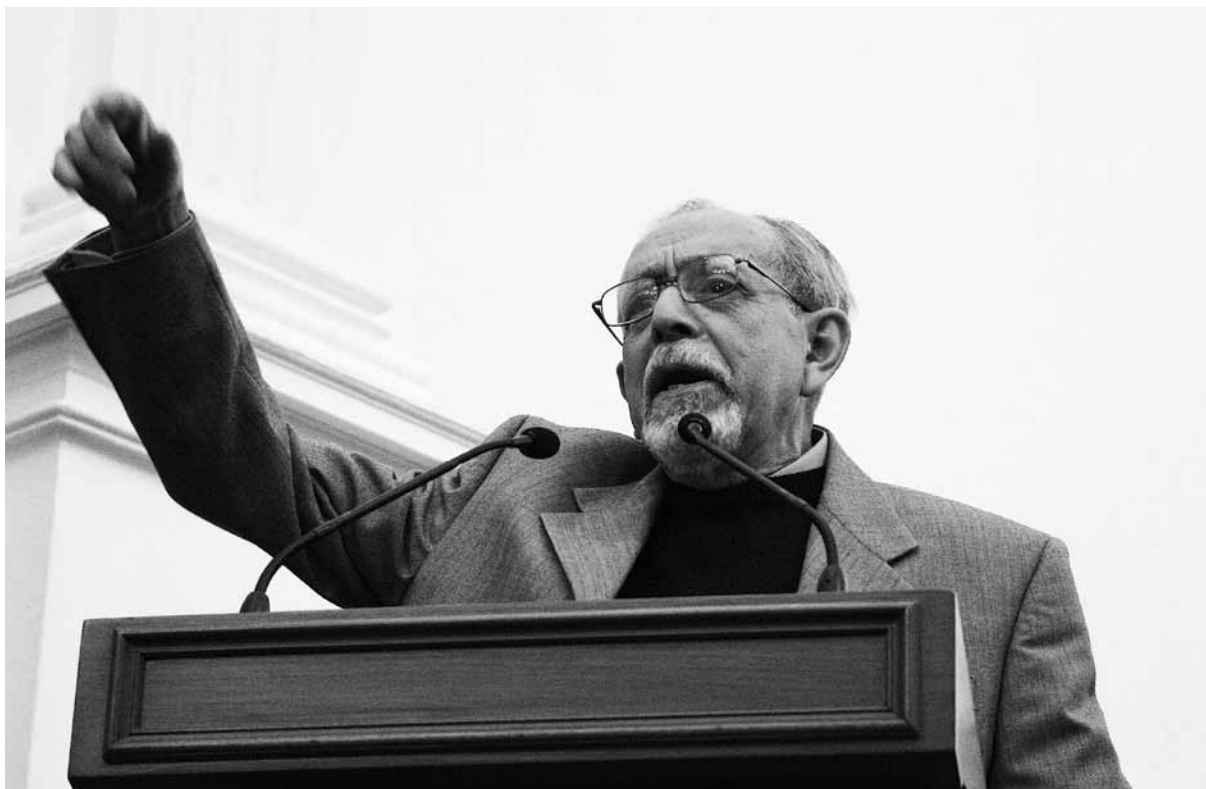
—¿Bueno?

—*Buono è il pesce*.

Comenzaban así las llamadas con Guillermo. *Buono è il pesce*, ‘bueno es el pescado’, o ‘bueno es el pez’ en italiano, era la réplica invariable a la contestación. El chiste lo había inventado él. La palabra *pesce* coleaba entre ímpetu y malicia, sabores y reflejos distintos. Guillermo era maestro en explorar la curvatura más bizarra del significado, la que se agacha más. Comadre de su expresión verbal, la mímica era el contrapunto, por teléfono también: las pausas, una sombra repentina, frases de carcajadas, entonaban la orquesta de un largo panorama sonoro, guiaban la batuta a sabiendas que de arriba, donde retoza la armonía, caerían las palabras, como frutos maduros, del árbol a la boca que degusta... fanática y sedienta.

—¿Bueno? —contesté en nuestra última llamada. La voz de Guillermo soltó en italiano, con mordaz solemnidad, una tirada en la que yo procuraba ubicarme, sin poder asir un hilo convincente. Al final estalló desesperado: “¿Qué carajo es esto? Estos poetas modernos...” Aquel día no me dio el *pesce*. Eran versos de Valerio Magrelli, poemas recientes que estaba traduciendo. Empleaban un léxico fiscal, informático, bancario, que Guillermo no aferraba. Yo tampoco entendía todo, pedí socorro a Google. Él, del otro lado, esperó el veredicto del autómatas omnisciente, suspirando, pillo. Como cuando deletreaba unos fragmentos de Verga o Miguel Ángel, y yo buscaba en Google para resolver la duda, ya que sonaba a variante dialectal, o a la forma vernácula de algo, que cómo diablos le hacía para verterlo al español. Me preguntaba con las teclas aún bajo las yemas, y siempre se topaba con la letra de la expresión exacta.

He aprendido, con él, la filigrana táctil de las palabras, sus huellas digitales. No sé si lo tengo resuelto, pero sé que una palabra —*pesce*— aunque se escriba siempre igual, no hay dos veces que sepa a lo mismo: el bostezo de una coma, el olor de un adjetivo, la viscosa molicie de un adverbio, vuelven infinito el mar.



Guillermo Fernández en el Aula Magna del Edificio Central de la UAEM, noviembre de 2006. Foto: Luz del Alba Belasko.

Para Guillermo era un trato orgánico, instintivo, tenía un vínculo animal con las palabras, hecho de fluidos y vapores. Sabía cuándo una mujer está menstruando (susurró en una reunión), porque huele. Las palabras también tienen sus ciclos, síntomas, humores, y pueden fecundarse o no. Esto Guillermo no lo decía con las palabras, lo hacía con las palabras, con un gesto, un intervalo, la vocal compartida u omitida o deslizándose hacia otra. De puntillas o descalza. La vivía, la esperaba.

Lo conocí en 1994. Estaba traduciendo un libro mío, fui a verlo a su casa. Yo apenas balbuceaba frases burdas en castellano. Era un libro de cuentos muy breves, pocas líneas. De cada uno él mimó la forma, la acción de cada verbo, para que yo desnudara su presencia, la ensayara, comprendiera qué hacían, ahí, esas palabras, y por qué. Aparecieron muecas, intrigas, una lengua, por fin pude leerlo, mi libro.

Cuando me vio tan satisfecho y seguro de lo que él pretendía, dijo: “Cuidado, soy bastante listo como para imponerte elecciones y libertades mías”. “Yo soy bastante listo para dejarte”. Su mirada fue el garfio de un abrazo. Ahí parió nuestra amistad. Aún ahora, dejo que haga lo que quiera.

MARCO PERILLI es director de Auieo Ediciones.